

## ETNICIDAD Y NACIONALISMO EN EL SIGLO XXI

Josep Martí  
Institución Milà i Fontanals  
CSIC, Barcelona

El nacionalismo, uno de los principales motores de la historia en las últimas centurias, ha tenido una gran importancia a lo largo del siglo XX y parece también que seguirá constituyendo una realidad a lo largo del siglo XXI. Sólo hace falta tener presente el importante papel que ha desempeñado en los cambios sociales y culturales experimentados en las últimas décadas en la Europa del este, y, por lo que se refiere al estado español, nadie puede poner en duda que los nacionalismos seguirán teniendo un innegable protagonismo en la vida ciudadana de principios del siglo XXI. Los nacionalismos juegan un papel importante en la percepción social de las identidades y, por consiguiente, en la vida política del país. Nadie osaría, no obstante, afirmar que se puedan entender las lealtades nacionales de la misma manera como era el caso cincuenta años atrás. Nuestra sociedad ha experimentado a lo largo de las pasadas décadas una profunda transformación, y esta transformación está afectando todos los ámbitos de la vida cotidiana: métodos de producción, la familia, los valores, las creencias... Y los procesos de globalización actuales generan ~~continua~~

mente nuevas realidades sociales que forzosamente deberán incidir, también, en la problemática de las identidades y del nacionalismo.

Hay muchos tipos de nacionalismos: desde el más excluyente y groseramente xenófobo que puede contar incluso con el apoyo de todo el aparato estatal, hasta el nacionalismo de tinte cultural y reivindicativo de muchas minorías; desde el nacionalismo checheno o tamil hasta el existente en los países de la Europa occidental. En esta comunicación me centraré preferentemente en la problemática del nacionalismo tal como se presenta en la sociedad postindustrial. Las tres cuestiones básicas que sugiere esta problemática son las siguientes:

1. El nacionalismo frente a los procesos de globalización.
2. El reto de la inmigración para los nacionalismos actuales.
3. Cómo se configura el nuevo nacionalismo.

En los trabajos sobre nacionalismo de la última década, se distingue con una cierta frecuencia entre el *nuevo* y el *viejo nacionalismo* (Delanty, 1996: 1-4). Según estas perspectivas, si el viejo nacionalismo se caracterizaba por mostrar una cierta hostilidad hacia otras naciones, en el nuevo, esta hostilidad se pone de manifiesto de manera preponderante hacia los inmigrantes. Se habla, pues, de un nacionalismo considerado primariamente de exclusión (contra los inmigrantes), tal como se observa en nacionalismos de partidos radicales europeos, en lugar del viejo que era de inclusión, puesto que aquello que se perseguía era la asimilación de todos aquellos grupos que, a pesar de poder poseer un diferente origen étnico, poblaban un mismo territorio identificado con la nación. El viejo nacionalismo se presenta íntimamente ligado al desarrollo de la sociedad industrial y el estado centralista decimonónico, mientras que el nuevo surge de la crisis de este estado. Si el primer nacionalismo se entendía especialmente en términos de superioridad, el segundo se caracteriza más bien por su empeño en preservar diferencias. El nacionalismo en el occidente desarrollado se articula primariamente en contra del estado, en nombre de identidades sociales y culturales, y no especialmente como un nacionalismo que quiere formar estado. Al nuevo nacionalismo se lo entiende no pocas veces como una cultura de la resistencia a la situación creada por la inmigración y globalización (Rex, 1996: 2).

De acuerdo con esta última idea, a menudo se interpretan los actuales procesos de globalización como una causa importante para la difuminación progresiva de los nacionalismos. No obstante, pensando así, muy posiblemente nos equivocaríamos de la misma manera que erró el modernismo cuando pronosticaba la pronta desaparición de las identidades étnicas y los nacionalismos, entre otras razones por no tener en cuenta que contenidos étnicos e identidad étnica son dos magnitudes que no forzosamente tienen que ser proporcionales: el hecho de que un grupo étnico vaya perdiendo a través del tiempo elementos culturales diferenciadores en relación a los grupos que le rodean no presupone automáticamente que tenga que debilitarse su consciencia étnica. Ni la uniformización cultural ni la integración estructural implican el rechazo a la idea de la diferencia o a la lealtad a una identidad nacional forjada a lo largo de la historia. Y en el caso concreto del fenómeno de globalización actual, deberíamos ser conscientes de que, tal como escribió Néstor García Canclini, "... lo fragmentario es un rasgo estructural de los procesos globalizadores. Para decirlo más claro, lo que suele llamarse globalización se presenta como un conjunto de procesos de homogeneización y, a la vez, de fraccionamiento articulado del mundo, que reordenan las diferencias y las desigualdades sin suprimirlas." (García Canclini, 1999: 49).

Si esto es importante tenerlo en cuenta, hablando del nacionalismo, no debemos olvidar tampoco sus pretensiones universalistas como sistema. Precisamente, la relevancia del modelo del estado-nación para muchos países no occidentales se debe, de hecho, a los procesos de globalización producidos a lo largo del siglo XX. En esto estaría plenamente de acuerdo con P. Treanor cuando afirma que "Nationalism is not a particularism. It is a universalism, a consistent vision or ideology" (Treanor, 1997: 5), por lo que no hay razones para considerar el nacionalismo y los procesos globalizadores actuales como dos fenómenos antagónicos.

En realidad, quizá nos equivocaríamos al entender estos viejo y nuevo nacionalismos -a los que antes aludíamos- como dos naturalezas tan diferenciadas como las que nos sugieren las anteriores apreciaciones dicotómicas. Pero, por otra parte, parece perfectamente lógico suponer que si las circunstancias actuales son diferentes a las que acompañaron el surgimiento de los primeros nacionalismos, el nacionalismo actual deberá mostrar algunas características propias debidas a su necesaria adaptación a los tiempos del

presente. Algunas de las nuevas componentes circunstanciales que forzosamente deberán incidir en la construcción y percepciones sociales del nacionalismo, y que se encuentran íntimamente relacionadas entre ellas, son las siguientes:

1. El nuevo contexto sociocultural que se ha bautizado con la denominación de la *third wave* o tercera ola.
2. La crisis del modelo del estado-nación.
3. La creciente concienciación de la nación como constructo.
4. La complejización progresiva del cuadro de las identidades sociales.

Desde hace algunos años, se habla de la *Third Wave* o tercera ola como una nueva revolución sociocultural que llegará a tener consecuencias en el plano cultural, social y político de tanta magnitud como las que tuvieron las dos grandes revoluciones anteriores: la agrícola y la industrial (Toffler, 1995). Según Alvin y Heidi Toffler, la humanidad ha experimentado hasta ahora dos grandes fases u olas de cambio. La primera fue la revolución agrícola, hoy día ya prácticamente consumada en todo el mundo. La segunda fue la relativa a la revolución industrial, un cambio que, aunque no haya llegado todavía a todos los rincones del planeta, ha dejado sentir sus efectos en amplias capas de la población de la tierra. La primera revolución necesitó miles de años para instaurarse, mientras que a la segunda, por lo que se refiere a las sociedades occidentales, le bastaron tres centurias. Ahora nos encontramos en la tercera fase que, dada la aceleración de la historia, precisará de menos tiempo -algunas décadas- para imponerse definitivamente (Toffler, 1995: 19 y ss.). Tres civilizaciones, en palabras de Alvin y Heidi Toffler, representadas por el arado, la cinta de montaje de las fábricas y el ordenador.

Los estados, tal como se configuraron a lo largo del siglo XIX, son una consecuencia de la modernización y el industrialismo. Pero esto no significa que, cuando hayan desaparecido las condiciones que dieron vida al nacionalismo, éste haya de desaparecer. En la actualidad, los estados van perdiendo progresivamente su razón de ser debido a los cambios socioculturales y, por tanto, también económicos que caracterizan a la tercera ola. Pero nación y estado no son sinónimos, y, aunque éste se debilite, ello no implica

ni mucho menos la desaparición del nacionalismo en cuanto estructuración política de los sentimientos etnicitarios. De hecho, los ideales nacionalistas, aunque por definición impliquen siempre algún tipo de articulación y reconocimiento político (en forma de una autonomía suficientemente significativa, por ejemplo) se presentan cada vez más desligados de la idea de estado. De aquí que, para la mayor parte de los nacionalismos de las naciones sin estado de los países occidentales, el deseo de constituirse como estado vaya perdiendo fuerza paulatinamente. Los ciudadanos de minorías nacionales de los estados democráticos modernos tienden a no desear la independencia aunque no renuncien a una cierta articulación etnocrática (Connor, 1989: 124); tanto por la progresiva pérdida de atracción identificatoria por parte del estado como, también, por el hecho innegable de que una siempre creciente interrelación económica frena las tendencias separatistas<sup>1</sup>.

Según Alvin y Heidi Toffler, dado que la tercera revolución civilizatoria no está todavía totalmente consolidada, incluso en los países más pudientes, en éstos resulta claramente visible una lucha interna entre las élites de la segunda y tercera ola. Todavía se mantienen en el poder como *lobbies* políticos instituciones y sectores de producción relacionados con la sociedad industrial (Toffler, 1995: 34), de manera que el conflicto resultante entre los grupos de poder de la segunda y tercera olas forma de hecho el núcleo central de las tensiones políticas que caracterizan nuestra actual sociedad. Y la cuestión política básica será ahora no quién controla los últimos días de la sociedad industrial sino quién da forma a la nueva civilización que la está reemplazando a pasos agigantados (Toffler, 1995: 25).

Esta tensión se manifiesta asimismo en las diferentes formas y objetivos de los nacionalismos según se encuadren en el modelo cada vez más obsoleto propio de la segunda ola o bien en las líneas directrices que caracterizan a la nueva sociedad. Por una parte, observamos todavía movimientos nacionalistas de sociedades que aún conservan un cierto carácter preindustrial, como por ejemplo los nacionalismos de la extinta Unión Soviética o los nacionalismos de la Europa del este en general, los cuales aparecen más bien como las tardías expresiones del nacionalismo del siglo anterior fuertemente reprimidas por el férreo sistema político soviético mientras éste conservaba su fuerza. Estos nacionalismos buscan la construcción de un estado propio

<sup>1</sup> Ésta parece ser la principal razón, por ejemplo, el fracaso del referéndum del Quebec de 1980 para la independencia del resto de Canadá (Cfr. Pinar y Hamilton, 1986, citado en Hetcher, 1998: 26).

tal como perseguían las naciones europeas dos siglos atrás. Este tipo de nacionalismos los hallamos excepcionalmente en la Europa Occidental, siendo el caso del nacionalismo vasco de ETA el más conocido. Aunque claramente anclados en el pasado, estos nacionalismos siguen teniendo sentido en tanto que la poderosa componente etnocrática siga siendo un rasgo definidor de la organización del planeta en estados. Pero, por lo general, para los nacionalismos europeos, tales como el escocés, galés o catalán, la constitución de un estado propio ha dejado, en muy buena medida, de ser ya un imperativo. Son los nacionalismos que están claramente en vías de superar la ideología del estado-nación, producto de la revolución industrial, debido precisamente a la crisis del modelo de estado a consecuencia de la globalización y de los nuevos planteamientos de la tercera revolución civilizatoria. Actualmente, se puede ser nacionalista sin pretender formar un estado.

Un aspecto que forzosamente también tiene que incidir en cómo son percibidos actualmente los nacionalismos es la progresiva pérdida de la visión esencialista sobre la nación. Hoy día, la nación difícilmente es vista con la misma aureola mística tal como se la podía entender en el pasado, y no se la entiende tampoco como un dictado de la naturaleza. Las ideas de “raza” y de “cultura”, como elementos básicos de la etnicidad, han representado históricamente pilares fundamentales para los nacionalismos. La idea de “raza” se encuentra hoy día ya totalmente descualificada y desacreditada, y la idea de “cultura”, como marca étnica implicando homogeneidad y exclusivismo, y habiendo asimilado funciones sociales no demasiado alejadas a las que antes se habían otorgado a la idea de raza, se tambalea. Por una parte, porque la antropología cree cada vez menos en este tipo de cultura, o al menos ya no la ve forzosamente desde posturas esencialistas como una tradición que trasciende a los mismos actores sociales sino sencillamente como un conjunto de códigos y artefactos siempre susceptible de recombinación crítica y creativa (Clifford, 1988). Y por otra parte, porque la pluriculturalidad es una característica no tan sólo intrínseca sino, también, cada vez más visible de las sociedades modernas. Sabemos, tal como expresara Gellner, que es el nacionalismo lo que engendra naciones y no al revés (Gellner, 1983: 55), algo que se refleja a la perfección en la feliz denominación de Benedict Anderson sobre la nación como *comunidad imaginada* (Anderson, 1983). No hay que entender esta idea de una manera absoluta: una nación no se improvisa ya que tampoco hay que olvidar que, por lo que se refiere a los países occidentales, las naciones son el precipitado de un largo periodo histórico que se ini-

cia en la Edad Media (Llobera, 1996: 288). Pero sin una voluntad de construcción de la identidad nacional articulada por la sociedad civil tampoco habría naciones. Y el hecho de que hoy convengamos en entender las naciones como comunidades imaginadas tampoco significa que no sean bien reales. La nación no constituye un grupo en el sentido sociológico del término ya que la magnitud del conjunto de individuos que la forman difícilmente permitirá una interacción directa entre ellos. Por eso hablamos de “comunidad” o de “colectivo”. En cualquier vínculo de esta naturaleza podemos distinguir analíticamente entre el referente (la nación), la base ideacional de este referente y el sentimiento de identidad que se produce. El referente es lo que en términos de Anderson podemos entender como “imaginado” en base a determinadas ideas. Pero el sentimiento de identidad y las actitudes a las que predispone son bien reales. El hecho de que la nación sea un constructo no significa que no sea real en sus consecuencias. Al fin y al cabo, la persona no es sino un animal que se mueve dentro de tramas de significación tejidas por él mismo (Geertz, 1992: 20).

Una de las características de la tercera ola de civilización descrita por Alvin y Heidi Toffler es la heterogeneidad, que sustituirá la homogeneización que llevó a cabo la previa revolución industrial:

The Third Wave brings with it a genuinely new way of life based on diversified, renewable energy sources; on methods of production that make most factory assembly lines obsolete; on new, non-nuclear families; on a novel institution that might be called the ‘electronic cottage’; and on radically changed schools and corporations of the future. The emergent civilization writes a new code of behaviour for us and carries us beyond standardization, synchronization and centralization, beyond the concentration of energy, money and power (Toffler, 1995: 20).

La tercera ola de-masifica la cultura, reordena la diversidad. Dentro de una misma sociedad hallamos una paleta mucho más amplia de valores, más sistemas religiosos, diferentes tipos de familia... De ahí que surja un cuadro más complejo de identidades sociales. En relación a los nuevos nacionalismos, lo que dentro de la visión de la segunda ola aparece negativamente como balkanización, para la tercera ola el reconocimiento positivo de la fragmentación social constituye una manera de dar la voz a aquellos que habían sido previamente excluidos de la arena política:

Second Wave ideologies routinely lament the breakup of mass society. Rather than seeing in this enriched diversity an opportunity for human development, they attack it as 'fragmentation' and 'Balkanization' and attribute it to the aroused 'selfishness' of minorities. This trivial explanation substitutes effect for cause. For the rising activism of minorities is not the result of a sudden onset of selfishness; it is, among other things, a reflection of the needs of a new system of production which requires for its very existence a far more varied, colorful, open and diverse society than any we have ever known (Toffler, 1995: 93).

Esta nueva sensibilidad hace que no se perciba como contradictorio el hecho de que personas aparentemente pertenecientes a una misma sociedad y situadas en un mismo territorio y contexto sociocultural puedan mostrar diferentes lealtades nacionales, algo que se puede producir también en el seno de una misma familia o, incluso, pueda darse perfectamente el caso de que una misma persona experimente un cambio de convicciones nacionales a lo largo de su vida. Antes, el Dios nos venía impuesto; ahora se puede escoger, o incluso se puede prescindir de él y no sucede nada. Ya no hay que temer a la hoguera ni a la condenación eterna, y lo mismo sucede con la nación, ese *Dios secularizado de nuestro tiempo* en palabras de Josep R. Llobera (Llobera, 1996). Las convicciones nacionales se presentan cada vez más como una elección volicional, hecho en el que sin duda alguna también influye la circunstancia antes aludida de no entender la nación como algo dado por la naturaleza sino como un constructo más de nuestro tiempo. En el nacionalismo podemos observar el mismo fenómeno que aparece en las prácticas religiosas de que la secularización de la conciencia está en correlación directa con el pluralismo. La secularización implica una desmonopolización de las tradiciones religiosas, y, por tanto, conduce a una situación pluralista (Berger, 1999: 184, 194). De esta manera, si hasta hace poco se podía pensar que "la «tragedia» del nacionalismo es la «tragedia» de su opción, no la de su existencia" (Gurrutxaga, 1989: 237), esta «tragedia» va perdiendo progresivamente parte de su virulencia. Los siguientes comentarios irónicos de un conocido articulista catalán son bien sintomáticos para estos cambios:

Uno puede elegir perfectamente la corbata que más le guste, el color de la nevera, la chica de sus sueños, incluso entre estudiar telecomunicaciones o ingeniero de caminos, pero ¡ay!, pobre de aquel que no entre dentro del común denominador de los quebrados de la patria, de la idea que algunos tienen de ella [...].

De verdad de la buena, que entre los unos y los otros cada día que pasa tengo más ganas de nacionalizarme portugués (Trallero, 2000: 29).

Tal como expresó Delanty, "Identities today are not exclusionary but can be chosen" (Delanty, 1996: 8). Pero dado que la identidad no se puede entender separadamente de la sociedad, del contexto social en la cual se integra, es muy importante que socialmente se reconozca esta identidad a quien quiera participar de ella, es decir, que haya aceptación. Por lo que se refiere a los discursos nacionalistas, esto es particularmente relevante por todo lo que concierne a la inmigración. Los nacionalismos actuales, para que puedan seguir cumpliendo sus funciones de aglutinación y movilización social, y disminuir al mismo tiempo la conflictividad que pueden implicar en sociedades cada vez más pluriculturales, deben apostar por la integración. Si los viejos nacionalismos tenían como característica la voluntad de asimilación, para los nuevos la integración debe ser entendida no como un requisito articulado e impuesto desde el poder, sino surgida del mismo interés de la población, y por tanto, aprovechando, pero respetando al mismo tiempo, la naturaleza cada vez más volicional de las identidades sociales.

J. Rex, hablando sobre nacionalismo e inmigración, formulaba los tres tipos diferentes de respuesta que se articulan en las sociedades de acogida (Rex, 1996: 1):

- a) Intentos de asimilación de las minorías entendiéndolas en los mismos términos que al resto de los ciudadanos.
- b) Intentos de subordinación de estas minorías al grupo étnico dominante entendiéndolas como ciudadanos de segunda o "extranjeros residentes".
- c) Intentos de reconocer la diversidad cultural dentro de la esfera privada de la comunidad pero articulando una cultura política compartida.

Un nacionalismo que apostase por la segunda solución difícilmente cumpliría las expectativas que hoy tenemos sobre una sociedad justa e igualitaria, y, entrando, por tanto, en conflicto con estos valores, acabaría sufriendo un merecido rechazo social. Lo más probable es que los

nacionalismos, tal como se presentan en la sociedad postindustrial, acaben por ejercer un doble juego. Aspirar por la integración en términos psicológicos y estructurales de los inmigrados y sus descendientes dentro del proyecto nacional, pero, por otra parte, aceptar también de buen grado la posibilidad propuesta por la tercera solución, es decir, no considerar el hecho de la diversidad cultural incompatible con su proyecto nacional.

Jurgen Habermas nos hablaba de una identidad postnacional que podría tomar la forma de "patriotismo constitucional": Una especie de postnacionalismo cuyo punto de referencia normativo es la constitución democrática más que la cultura, el estado, el territorio o la tradición ética dominante (Delanty, 1996: 8). Éste sería, según Habermas, el único tipo de identidad nacional compatible con los requerimientos de una sociedad multicultural, una identidad "founded on the constitutional principles anchored in the political culture and not on the basic ethical orientations of the cultural form of life predominant in that country" (Habermas, 1994: 139). Esta visión se correspondería con la idea de querer reconocer la diversidad cultural de los inmigrantes admitiendo no obstante la necesidad de la existencia de una cultura política compartida. Aquí hallamos, no obstante, dos problemas. Por una parte, resulta algo contradictoria la idea de creer en una identidad basada en los principios constitucionales y en la cultura política y no en las orientaciones éticas básicas de las maneras de vida culturales predominantes. Sin duda alguna, esta cultura política se encuentra íntimamente inmersa en estas orientaciones éticas de la vida cultural. Esto forma parte también de la cultura. La "cultura política" tal como se cristaliza en una constitución democrática es algo más que un conjunto de ideas básicas y una normativa elemental. Esta cultura política implica todo un *world-view*, un complejo cuadro de valores que va mucho más allá de la simple esfera política. De hecho, hablar de "reconocer la diversidad cultural dentro de la esfera privada de la comunidad pero articulando una cultura política compartida" significa tener una pobre idea de lo que en realidad significa la "cultura". Si por diversidad cultural se entiende las diferentes tradiciones culinarias, festivas o musicales, por ejemplo, el ideal multiculturalista sería fácil de realizar. Pero lo que se está pidiendo en este caso a los inmigrantes es que sigan siendo ellos mismos en aquel tipo de actividades consideradas desde el punto de vista de la estructuración social menos relevantes mientras que para todas aquellas

prácticas culturales que tienen que ver directamente con la política, y por tanto con todo lo relacionado con el ejercicio del poder, se les pide la integración.

Por otro lado, hoy ya no vemos el ideal multiculturalista con la misma ingenuidad como se lo veía años atrás ya que, tal como tuve ocasión de puntualizar en otro trabajo (Martí, 1999: 93-95):

1. El ideal multiculturalista implica una visión esencialista de la cultura.
2. Implícitamente, refuerza identidades étnicas y nacionales erigiendo fronteras en el seno mismo de la sociedad, como última e inevitable concepción para salvar las *esencias* originales.
3. Y, por último, el multiculturalismo implica un campo de juego cuyas reglas son dictadas por y siempre a favor del equipo que juega en casa.

En el fondo, no nos debemos extrañar de que los discursos multiculturalistas acaben por reforzar la estructura jerárquica basada en los criterios etnicitarios de la propia sociedad. Muy a menudo, la retórica de un multiculturalismo igualitario esconde la existencia de un multiculturalismo basado en la desigualdad injusta (Rex, 1996: 8). Y es que realmente, de acuerdo con Kenan Malik, mientras que la diferencia puede surgir de la igualdad, la igualdad no puede resultar nunca de la diferencia (Malik, 1996: 4).

De hecho, *integración* es la palabra clave. Lo es para que una sociedad pueda funcionar como tal, y lo es, especialmente, para los nacionalismos. Pero también hay que ser muy prudentes con la manera de entender este término. Integración no quiere decir asimilación o uniformización. Integración quiere decir el hecho de poseer la capacidad funcional como miembro dentro de una colectividad. La integración no es una especie de estado de gracia con el cual se pueda nacer o que una vez conseguido ya no se pueda perder. La integración presupone continuos procesos de adaptación que se producen ante el estímulo y reto de nuevas situaciones. Y en este sentido, también los considerados autóctonos han de continuar adaptándose, entre otras cosas, a los cambios que implica la llegada a la sociedad de nuevos miembros que son portadores de diferentes esquemas culturales. Todos tenemos que ir integrándonos. No es necesario decir que los procesos de inte-

gración que debe experimentar el inmigrante son mucho más intensos que los esfuerzos que han de realizar los autóctonos en el mismo sentido. Pero de aquí a pensar que el único que tiene que moverse hacia esta integración es el inmigrado hay un gran trecho, más si tenemos además en cuenta que si nuestra sociedad está abierta a la inmigración no es por mera filantropía sino por propio interés económico.

El nacionalismo, ahora por ahora, es y seguirá siendo una realidad. No tan sólo debido a la inercia histórica que ayuda a mantenerlo sino también porque cumple ciertas funciones. Esto, no obstante, no implica que no vayan cambiando nuestras actitudes hacia el nacionalismo y que éste vaya transformándose. Los nacionalismos basados únicamente en los clásicos parámetros con los que se intentaba definir la etnicidad: cultura, lengua, religión, territorio, consciencia histórica... tienen los días contados: la sociedad postindustrial poco tiene ya que ver con aquella idea de grupos étnicos a la que tanto ha contribuido la antropología de tiempos pasados que los veía como unidades independientes y autónomas.

Los nacionalismos propios del siglo XXI serán aquellos que entiendan integración más en clave de ciudadanía que en clave de los viejos y caducos moldes de las culturas nacionales. Serán aquellos nacionalismos más focalizados hacia el presente y el futuro que no hacia el pasado. Éste será posiblemente el principal reto del nacionalismo, superar la contradicción que implica tener que renunciar a ciertas visiones del pasado que tradicionalmente han sido tan importantes para él. Todo esto implica, asimismo, una voluntad férrea de no desentenderse de la voluntad democrática. Querer imponer un nacionalismo a base de la extorsión como acontece en determinados círculos de activistas en el País Vasco, querer evitar el separatismo mediante procedimientos genocidas tal como está aconteciendo en el momento de redactar estas líneas en Chechenia, o declarar las fuerzas armadas como garante de la *unidad de la patria*, tal como dejó entrever el ministro español de defensa Eduardo Serra en unas desafortunadas declaraciones realizadas a principios del 2000<sup>2</sup>, constituyen hoy día actitudes anacrónicas de las que los nacionalismos tendrán que irse desentendiendo y distanciando de manera cada vez más clara y decidida.

<sup>2</sup> Declaraciones efectuadas el 10 de enero de 2000 relacionadas con el discurso del ministro con ocasión de la entonces reciente celebración de la Pascua Militar.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Anderson, Benedict (1983): *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- Berger, Peter (1999): *El dosel sagrado. Para una teoría sociológica de la religión*. Barcelona: Kairós.
- Clifford, James (1988): *The Predicament of Culture*. Cambridge, Massachusetts y London: Harvard University Press.
- Connor, Walter (1989): "Democracia, etnocracia, y el estado multinacional moderno: paradojas y tensiones", en: Alfonso Pérez-Agote (ed.): *Sociología del Nacionalismo*: Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 111-130.
- Delanty, Gerard (1996): "Beyond the Nation-State: National Identity and Citizenship in a Multicultural Society -A Response to Rex". *Sociological Research Online* 1/3. (<http://www.socresonline.org.uk/1/3/1.html> [stand: enero de 2000]).
- García Canclini, Néstor (1999): *La globalización imaginada*. Barcelona: Paidós.
- Geertz, Clifford (1992): *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa, (ed. original en inglés: 1973).
- Gellner, Ernest (1983): *Nations and Nationalism*. Oxford: Blackwell.
- Gurrutxaga, Ander (1989): "La persistencia del conflicto nacional", en: Alfonso Pérez-Agote (ed.): *Sociología del Nacionalismo*. Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 231-237.
- Habermas, Jürgen (1994): "Struggles for Recognition in the Democratic Constitutional State", en A. Gutmann (ed.): *Multiculturalism: Examining the Politics of Recognition*. Princeton: Princeton University Press.
- Hetcher, M. (1989): "El nacionalismo como solidaridad de grupo", en: Alfonso Pérez-Agote (ed.): *Sociología del Nacionalismo*. Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 23-36.

Llobera, Josep R. (1996): *El Dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*. Barcelona: Anagrama.

Malik, Kenan (1996): "Universalism and difference: race and the postmodernists". *Race & Class*. 37/3, pp. 3-17.

Martí, Josep (1999): "Catalunya al tombant de mil·leni: multiculturalisme i identitats ètniques". *Revista d'Etnologia de Catalunya*. 15, pp. 92-103.

Pinard, Maurice y Richard Hamilton (1986): "Motivational Dimensions in the Quebec Independence Movement: A Test of A New Model". *Research in Social Movements, Conflicts and Change*. 9, pp. 225-280.

Rex, J. (1996): "National Identity in the Democratic Multi-Cultural State". *Sociological Research Online* 1/2. (<http://www.socresonline.org.uk/1/3/1.html> [stand: enero de 2000]).

Toffler, Alvin y Heidi (1995): *Creating a new Civilization*. Atlanta: Turner Publishing.

Trallero, Manuel: "Patria sólo hay una". *La Vanguardia*. 16.1.2000, p. 29.

Treanor, P. (1997): "Structures of Nationalism". *Sociological Research Online* 2/1. (<http://www.socresonline.org.uk/2/1/8.html> [stand: enero de 2000]).